

¿A dónde se ha ido Dios?

Jesús FONSECA

Cien años atrás, un escritor llamado Nietzsche clamaba en Basilea: «¡Busco a Dios!, ¡Busco a Dios!...». Y se preguntaba en su angustia: «¿A dónde se ha ido Dios?...» La respuesta nos la dará él mismo: «¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros le hemos matado!... Lo más sagrado y poderoso que poseíamos, se desangra bajo nuestros cuchillos». Un siglo más tarde, Europa sigue en el empeño por hacer de Dios una palabra vacía. Algo bien distinto a lo que sucede en los Estados Unidos, por ejemplo, donde su presidente -como ha visto todo el mundo- lo primero que hace nada más ganar las elecciones, es ponerse en las manos de Dios; o en la América Hispana,

«Cuando se deja de creer en Dios, se puede creer en cualquier cosa»

con los templos a reventar. O Asia, donde Dios sigue estando en la vida con tranquila serenidad y alegría. Porque Dios no es una cuestión de ideología. Es algo más grande, ligado a la libertad, a la felicidad. A lo que no defrauda nunca. Dios es lo más humano y humanizante que tenemos. La fe, como bien apunta Jutta Burggraft, «crea un clima en el que todos nos sentimos interpelados a dar lo mejor de nosotros mismos». Estamos entrando en una nueva etapa de la humanidad. En ella, el Dios del Amor, tendrá un papel decisivo. Seguro; a pesar del analfabetismo espiritual que algunos gobiernos se empeñan en imponer. Chesterton, que conocía bien el corazón humano y sus vacilaciones, lo adelantó con lucidez: «Cuando se deja de creer en Dios, ya no se puede creer en nada, y el problema más grave es que, entonces, se puede creer en cualquier cosa». A lo mejor no hay que hacer más averiguaciones sobre lo que nos está pasando.

Se perpetúa la vía del proteccionismo laboral creador de desempleo, y queriendo resolverlo todo a base de dinero público sin apreciar que el expediente del endeudamiento tiene limitaciones que ya se vislumbran

DE LA RECESIÓN ¿A LA DEPRESIÓN?

Ramón TAMAMES



Creo que todavía no nos hemos dado cuenta cabal de la grave situación en que se encuentra la España actual, ya en la decadencia de la cultura del ladrillo; pero aún sin orientación decidida para su irrenunciable gran futuro, desde el presente escenario, imputable a una más que preocupante falta de verdadero liderazgo económico y político.

Lo primero, lo económico, porque a pesar de disponerse de un empresariado como no ha habido nunca en el país, ya en multitud de casos multinacional y con métodos de gestión del más alto nivel, nos encontramos ante una especie de vacío a la hora de que esos nuevos emprendedores planteen la reforma del Estado. A fin de acabar con tanta ineficacia (no hacer las cosas) e ineficiencia (no hacerlas bien), como se manifiesta de continuo en los más diversos ámbitos de los poderes públicos.

En cuanto a lo político, aun asumiendo el espíritu del título VIII de la Constitución, ha de criticarse la perniciosa deriva de las CC.AA. a una auténtica hemorragia legislativa. Que compartimenta el mercado e hiperburocratiza la vida social, con un Estado global que ya disfruta/soporta tres millones de funcionarios (el 16 por 100 de la población ocupada). Abundan además en ese panorama de lo autonómico las muestras de egoísmo anti-Nación, en los intentos de llevar cada una el agua a su molino; ya sean, precisamente en disputas hídricas, como también por querellas lingüísticas,

La Hacienda Pública se endeuda para impulsar medidas económicas más que dudosas

Los órganos decisorios ni siquiera son capaces de constituir un Gabinete de Crisis

fiscales, etc. Sin ocultar en varios casos concretos las maléficas tendencias soberanistas, con planes efectivos de construir Estados propios contra la idea de Nación. En ocasiones, incluso en connivencia funcional con colectivos conectados de una u otra manera al terrorismo.

Tan penosas facetas de nuestra vida en común, coinciden con el mal funcionamiento de un modelo de desarrollo que ha devenido obsoleto, desde lo laboral a lo tributario; pasando por mediocridades varias en educación e investigación. Resultando así que la competitividad internacional del país va mermando gravemente, en línea con su menguante prestigio. Apesar de que somos, tantas veces se dice, la octava potencia industrial del mundo -o la 13ª en términos de paridad de poder adquisitivo-, y olvidando que tenemos un idioma común, el español, de dimensiones universales; al lado de la riqueza de un patrimonio histórico/monumental/cultural que se sitúa entre los tres primeros del planeta.

En ese contexto de deficiencias pero también de grandes activos que apreciamos en bien poco, el voluntarismo ideológico es la pauta funcional prevalente. De modo que en vez de fundamentarse la construcción del futuro en una sociedad responsable y emprendedora, de «forjadores de su propia suerte», lo que de alguna manera se fomenta desde arriba es una sociedad quietista, de baja movilidad, guiada por la concepción del Estado como gran asilo, que so pretexto de bienestar

sirve para asegurar adhesiones y votos.

El panorama económico, mes a mes, va haciéndose desolador, recordando en cierta medida la elegíaca frase de Quevedo, de «miré los muros de la patria mía... / y no hallé cosa en que poner los ojos / que no fuese recuerdo de la muerte». Dicho menos dramáticamente, el desempleo crece sin freno con un horizonte de cinco millones de parados; el tejido industrial se daña día a día con grave peligro de deslocalización de grandes multinacionales. En tanto, la Hacienda Pública se endeuda para impulsar medidas económicas más que dudosas en términos de rentabilidad económica y social; en un intento de recuperación en el que no se llama a las verdaderas responsabilidades para laborar juntos en un proyecto común. Por el contrario, se perpetúa la vía del proteccionismo laboral creador de desempleo, y queriendo resolverlo todo a base de dinero público, sin apreciar que el expediente del endeudamiento tiene limitaciones que ya se vislumbran.

En un momento así de desconcierto, y cuando nos deslizamos por el plano inclinado de la recesión hacia la depresión, nos encontramos con que los principales órganos decisorios, ni siquiera son capaces de constituir un Gabinete de Crisis. Ni de aunar esfuerzos para revitalizar la democracia y el entusiasmo nacionales -nefandas palabras para algunos tripartitos-; en duro contraste con lo que sí se hizo en la transición democrática, y más en concreto, en 1977, con los Pactos de La Moncloa; que vistos en retrospectiva se nos figuran ya como auténtica refundación de la Nación Española, al posibilitar una Constitución con la que se supo simbolizar una esperanza que aún se mantiene para la mayoría.

No se vislumbra solución, ni siquiera el comienzo de ella. Falta plantear el problema que, como dicen los matemáticos, equivale a casi tenerlo medio resuelto. O como preconizan los médicos, habríamos de disponer de un diagnóstico creíble para sanar al paciente. Lejos de todo eso, nos encontramos en un dédalo del que no se sabe cómo salir... sin planteamiento matemático ni diagnóstico salutarífico. Con un poder que luce como autohipnotizado e impotente, y una oposición que parece sofronizada en sus aspiraciones desde las luchas fratricidas que padece.